

Familia Galán

PRIMERA RAMA

LUISA GALÁN

(Alfa) BLAS GALÁN

RAQUEL GALÁN (Táctil)

(Oído) TERESA GALÁN

GONZALO GALÁN (Oído)

MARTA GALÁN (Vista)

NOEL GALÁN
(Oído)

JULIA GALÁN (Táctil)

AITANA GALÁN
(Gusto)



HANNA GALÁN
(Olfato)

INARI GALÁN
(Gusto)

SEGUNDA RAMA



JULIA GALÁN
(Olfato)



VICTOR GALÁN
(Oído)



SILVIA GALÁN
(Oído)



MIGUEL GALÁN
(Alfa)



CARMEN GALÁN
(Vista)

TERCERA RAMA

ADELA GALÁN (Olfato)



RENATA GALÁN (Alfa)



ARTURO GALÁN (Tacto)

(Táctil) LAURA GALÁN

RAFAEL GALÁN (Gusto)



ALEJANDRO GALÁN (Gusto)

NIEVES GALÁN (vista)

JUAN GALÁN (Olfato)



BRUNO GALÁN (Alfa)

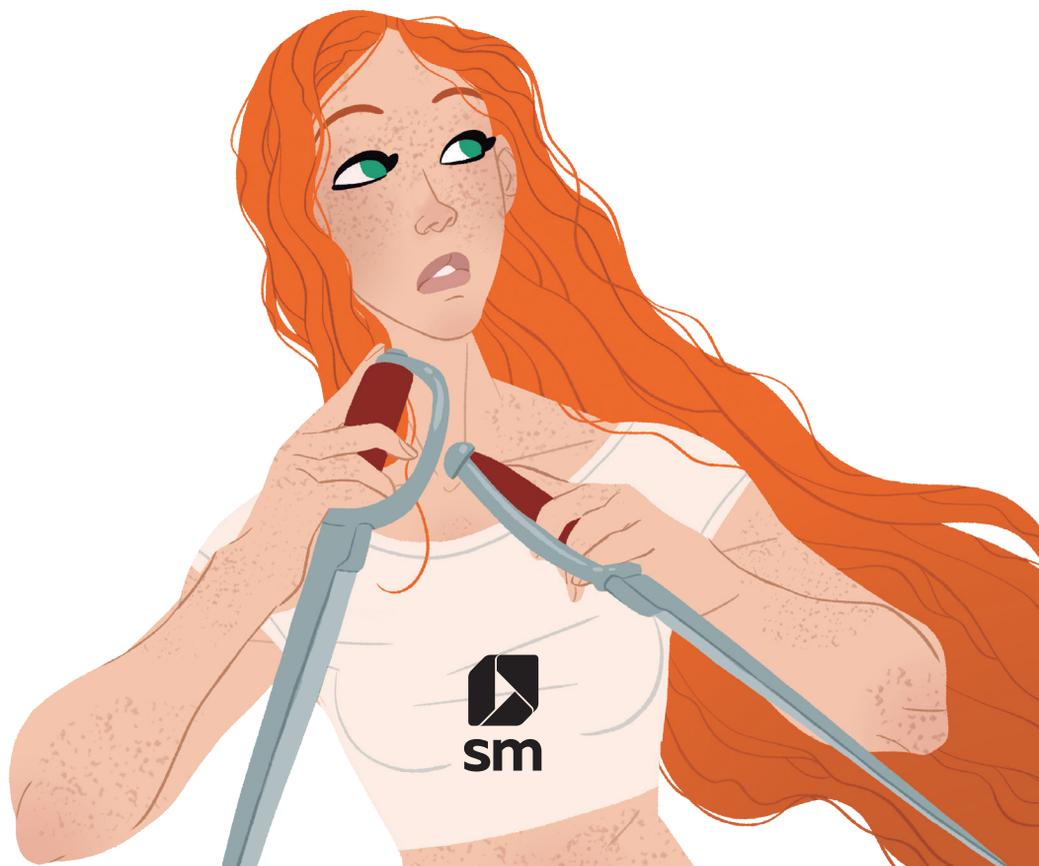
CUARTA RAMA



ÓLIVER GALÁN (Alfa)

EL ASESINO DE ALFAS

PATRICIA GARCÍA-ROJO





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

LITERATURASM•COM

Primera edición: septiembre de 2020

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación de diseño: Marta Mesa
Corrección: Francisco José Carvajal
Cubierta: Andre

© del texto: Patricia García-Rojo, 2020
© de las ilustraciones: Andrea Torrejón (Andre), 2020
© Ediciones SM, 2020
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ISBN: 978-84-1318-830-0
Depósito legal: M-20673-2020
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Isabel y Luis,
que me dejan escribir en su paraíso*

1



Kate se lleva las manos al vientre y nota cómo la sangre caliente brota de la herida. Se deja caer contra la pared y, poco a poco, se sienta en el suelo, conteniendo el aliento para que el olor a hierro no se le meta en la nariz para lo que queda de tarde.

Nota cómo su corazón bombea acelerado y sus dedos se manchan, pegajosos. Cierra los ojos. Aprieta los dientes dominando la rabia y el dolor.

Su tío la mira, impasible, de pie delante de ella, mientras limpia la *katana* y la devuelve lentamente a su funda.

–Cúrate antes de que manches el suelo –le dice con total normalidad.

Kate encoge el estómago, enfadada.

–Me has roto mi camiseta favorita –espeta.

–Si luchases con los sentidos al máximo, no te pasarían estas cosas...

Con los sentidos al máximo. Kate siente ganas de matarlo mientras nota el dolor atravesándola. Pero sabe que tiene razón. No estaba concentrada. Estaba luchando sin abrir su percepción por completo porque su mente se hallaba lejos de la sala de entrenamiento: en el concierto al que acudirá en apenas dos horas.

–Recoge todas las armas cuando termines de curarte –le recuerda su tío encaminándose a las escaleras que llevan al piso de arriba.

Mateo no sabe ganar.

Kate nota que el sótano comienza a desvanecerse ante su mirada.

–No te desmayes, o llegarás tarde a tu cita –escucha la voz de Mateo, que debe haber percibido los cambios en su cuerpo incluso antes que ella.

Respira hondo, viéndolo alejarse por las escaleras, y cierra los ojos.

Lo ha hecho cientos de veces.

Solo tiene que desatar su percepción, dejar que sus habilidades como Táctil ordenen la química de su cuerpo. Ha estudiado Anatomía desde que tiene uso de razón solo para eso. Porque Kate no es una chica normal. No lo ha sido nunca.

Nota su corazón ralentizarse y el tejido de su vientre comienza a trabajar para reparar el daño. El corte ha sido transversal y no ha tocado ningún órgano, aunque sabe que su tío podría haberla atravesado sin problemas hasta clavarla en la pared. Es parte de su entrenamiento como perceptora. Parte de su entrenamiento como Alfa.

Desde que aprendió a andar se ha enfrentado a luchas así y ha aprendido a sanarse, pero últimamente a Mateo no le resultaba tan fácil alcanzarla.

–No estoy en lo que tengo que estar –se queja en voz alta.

Llevan dos años viviendo en una casa con enormes jardines cerca de Mijas, un pueblo de Málaga, al sur de España. Es la primera vez que pasan tanto tiempo en el mismo sitio y eso, quizá, la ha vuelto cómoda. Ha viajado con su tío por el mundo desde los cinco años, huyendo de un país a otro y ocultándose de las miradas entrenadas. Los dos son perceptores, pero no forman parte del mundo al que pertenecen. Viven fuera, escondiéndose. Es el precio que tiene la libertad.

Kate siente escalofríos al abrir el sentido del olfato y recibir el hedor de la sangre secándose sobre su ropa. Su cuerpo ya no huele

a enfermedad ni a miedo, no rezuma muerte inminente. Y eso es bueno. Porque ella sabe cómo huele la muerte, qué ojos tiene. La vio en el rostro de sus padres.

Cuando era pequeña creía que todos los humanos eran iguales. No sabía que el resto de mortales no podía hacer uso de sus sentidos como ella, como su familia. El mundo, para un perceptor, es diferente.

Kate nació y creció en una granja al norte de Suecia, donde vivía con sus padres y con Mateo, el mejor amigo de la familia. Su madre formaba parte de los perceptores Vista, era capaz de ver a kilómetros de distancia con una precisión asombrosa y, además, podía llegar a descomponer la materia con la mirada, de forma que los objetos se desnudaban ante sus ojos, mostrándose como si fuesen transparentes a su percepción. Su padre, en cambio, era perceptor Táctil, lo que lo hacía un guerrero formidable y le daba el poder de autosanarse. Ella pronto descubrió que no eran los únicos. Aprendió que los perceptores Gusto pueden percibir los ingredientes con los que está preparada cualquier comida y suelen ser excelentes envenenadores. Por su parte, los Olfato resultan importantes analistas de los ambientes y los estados de ánimo, siendo capaces de descubrir enfermedades o dolencias con solo cruzarse con alguien. Los Oído son los espías más peligrosos que existen, su habilidad para escuchar conversaciones ajenas a kilómetros de distancia los convierte en peligrosos oponentes. Kate supo enseguida que no pertenecía a ninguno de esos clanes.

Kate, al igual que Mateo, es una perceptora global, una Alfa. Todos sus sentidos están desarrollados y alberga el potencial del resto de perceptores. Por eso sus entrenamientos deben ser de alto nivel y, por eso también, huyen desde que sus padres fueron asesinados en Suecia, hace quince años.

Kate abre el cauce de su oído y escucha a Mateo duchándose. El muy canalla canturrea *A un dottor della mia sorte*, un aria de *El barbero de Sevilla*.

–Estás presumiendo –susurra, entre molesta y divertida, ahora que el dolor se ha apaciguado.

El canto de su tío se detiene y una risa clara llega hasta ella.

–Si no luchas al máximo, no hay orgullo en la victoria –lo escucha tan nítido como si lo tuviese delante–. Y no pensaba en ti, pensaba en Jaime.

Mateo ha invitado a Jaime a cenar después de casi tres meses de relación. Es la primera vez que lleva a alguien a casa. Han sido nómadas durante mucho tiempo y, por eso, ahora todo resulta nuevo y emocionante. Como el concierto.

Kate abre los ojos y mira su camiseta rota mientras su tío renueva su canto dos pisos más arriba. La hoja de la *katana* de Mateo ha cortado en dos a la Blancanieves de Disney. Tendrá que ponerse otra cosa.

Vuelve a dirigir su atención a su vientre, al trabajo de las células para remendar el tejido y colocar todo en su sitio. En esos quince años con Mateo ha tenido que curarse de mil formas diferentes. Y para eso también ha tenido que entrenar. Comenzó a estudiar Anatomía con ocho años y después completó sus estudios con otras ramas de Medicina necesarias para la autocuración.

La ducha se cierra y Kate dirige su vista al piso de arriba, a la zona en la que queda el amplio salón blanco, con paredes de cristal que dan a la piscina. Quiere localizar el reloj. Despeja su conciencia y utiliza la vista para atravesar las viguetas y el suelo.

Son las siete y media.

–Mierda... –se dice, obligándose a levantarse.

Comienza a recoger las dagas que hay tiradas por el sótano. Alquilaron esa casa no solo porque está aislada en el campo, sino también por aquel espacio enorme y diáfano en el que podrían entrenar sin despertar sospechas.

Mira con desprecio la espada corta con la que ha intentado derrotar a su tío y se siente avergonzada. ¿Por qué no cogió ella también una de las *katanas*? Mateo es invencible cuando maneja armas

japonesas, tenía que haberlo previsto. Así quizá hubiese salvado su camiseta nueva.

Escucha el teléfono en su dormitorio. Debe ser Daniel.

Un cosquilleo emocionado le recorre la espalda y, aunque se siente un poco idiota, no hace nada por controlarlo. Es la primera vez que tiene un amigo. La primera vez en su vida que queda con alguien de su edad. Se siente desbordada.

Quiere subir las escaleras corriendo, pero su vientre le recuerda que aún está trabajando y desacelera el paso.

Mateo está ya en la cocina. Parece otro con los vaqueros y la camiseta de manga corta. Cualquiera diría que es un arma letal. Se ha dejado su largo pelo rubio suelto y tararea en la cocina abierta al salón mientras prepara tartar para su cena romántica.

–Mira mi camiseta –le espeta Kate camino del piso de arriba.

–Era una horterada –responde su tío sin hacerle caso.

Kate resopla, indignada. La compró con Daniel hace dos días en un centro comercial, lo que es todo un hito en la historia de su vida. Hasta hace algo más de un año, su libertad ha estado confinada dentro de las paredes de las casas que habitaba con Mateo. Ahora se siente toda una aventurera por ir a la universidad o al cine.

Aún no sabe cómo convenció a su tío para que la dejase matricularse en la universidad de Málaga para estudiar Bellas Artes, pero lo importante es que se salió con la suya. Después de vivir en Sicilia durante unos meses, Mateo propuso volver a su país natal. Según la información que había recopilado a través de internet, y también por sus labores como espía en la isla, había descubierto que España era ahora un país bastante tranquilo para los perceptores. Cuando él se marchó cuarenta años atrás, las familias luchaban unas contra otras por alcanzar el poder después de la muerte del dictador. El país era un hervidero y eso le dio la oportunidad de romper sus lazos de obediencia con el cabeza de familia de su grupo. Ahora todo parece estar en calma y, por primera vez en la

vida de Kate, sienten que pueden pertenecer a un sitio, crear una historia, ser una familia normal.

Cuando Kate llega a su cuarto, el teléfono ha dejado de sonar, pero tiene un mensaje de Daniel: «A las 8:15 te recojo con mi coche».

Sabe que a Mateo no le va a hacer ninguna gracia. No le gusta que viaje en vehículos ajenos, por eso le compró la Kawasaki Ninja en cuanto se matriculó en la universidad. Pero ella quiere ir con Daniel en el coche, quiere que pongan la música a todo volumen y canten como dos posesos, camino de Fuengirola.

Lo negociará luego.

Se desnuda con cuidado de no rozar la zona sonrosada de su tripa, que muestra ya una cicatriz tierna, y se encamina hacia la ducha.

Es uno de los pocos momentos del día en los que deja que su percepción como Táctil y como Oído se abran por completo. Como Alfa que se esconde de los de su clase, Kate ha aprendido a vivir manteniendo sus sentidos al mínimo, casi como una humana. Eso la conserva a salvo. Pero en casa, mientras deja que el agua caiga sobre su cuerpo menudo y fibroso, se permite abandonarse al placer.

La sangre seca se diluye, perdiéndose por el sumidero. Kate encara el agua y sonrío, dejando que las gotas rápidas golpeen sus ojos cerrados. Su piel recibe la caricia húmeda, despertando sensaciones tan poderosas y placenteras que, por unos segundos, se olvida de quién es y de dónde está. Es solo tacto, solo cuerpo, solo la delectación continuada de sentirse terriblemente viva.

Por eso no escucha el primer aviso de Mateo.

Pero sí los golpes en la puerta.

–¡Llevas media hora bajo el agua! –le grita su tío.

Kate baja el volumen de sus sentidos y vuelve a la realidad, confusa. Tarda un tiempo en reaccionar y en responderle. Es lo malo de desatar su percepción en un momento de placer como ese: pierde el contacto con la realidad, sus sentidos se embriagan

y se aleja del mundo, como si nada existiese sobre la Tierra, como si su piel incandescente fuese lo único real.

–Voy, voy... Me estaba lavando el pelo.

Sabe que Mateo no la cree porque puede olerlo, pero no le dice nada. Mala señal.

Lo escucha alejarse y sale de la ducha, concentrada en no perder el control de su percepción y solucionar cuanto antes el tema del coche de Daniel.

Se seca rápido y, desnuda, abre el armario de su cuarto para ver qué se pone. Al final se decide por unos pantalones cortos negros y una camiseta sin mangas, verde y ancha. Elige sus zapatillas blancas y se mira unos segundos al espejo.

Los músculos torneados de sus piernas la hacen parecer una atleta. Kate mira su melena larga y pelirroja que comienza a secarse, aclarándose para alcanzar el su tono entre mandarina y limón que la caracteriza. Sonríe sin poder evitarlo. Se siente bien, se siente guapa, se siente libre.

Pero abajo la espera Mateo, y eso significa que no podrá irse sin luchar.